

Cocinando un corazón

Patricia Arrastúa



Capítulo 1

Cuando lo vi por primera vez, supe que tenía que tenerlo para la cena.

Estaba "mentalmente" en el rojo intenso de su boca, la felpa de su labio inferior.

Los huecos de sus mejillas eran pequeñas entradas para su diversión, y la sorpresa le quitaba los pómulos de las sombras de sus pestañas.

"¿Qué, yo?" fue su respuesta, una risa se detuvo en la esquina de su boca.

"Ni siquiera te conozco".

Debería haberme avergonzado, pero no lo estaba. Estaba bajo una esclavitud, su esclavitud.

Este hermoso muchacho anguloso, con un halo de rizos oscuros y dedos de pianista.

Tocó su garganta cuando habló, como si estuviera nervioso de que pudiera arrancarlo con mis dientes.

Como si... me invitara a hacerlo.

"Por favor", aclaré.

Sus prominentes nudillos destellaron sobre su esternón con la invitación ausente de sus manos: rasgúelo, dijeron, prueben.

Estaba de acuerdo con mi invitación sin palabras, sus manos haciendo señas incluso cuando su boca roja vaciló.

"... Bueno. Pero solo porque te ves elegante, y estoy hambriento. Pero no estoy decepcionado por nada raro".

Pensé en él todo el viaje en bus a casa.

No fue hasta que estuve a tres paradas de mi puerta que me di cuenta de que nunca me había dado su nombre, ni había pedido el mío.

Él solo había querido la dirección, la había tomado con los dedos de los comensales, golpeándola en su teléfono mientras repetía mis palabras en voz alta.

"Siete en punto", le dije, antes de reconsiderarlo.

"Tal vez seis o siete sea la hora de la cena".

Una hora era suficiente. Una hora para encontrar una receta, para pensar en una forma de impresionarlo. Para honrarlo...

Me dolían los dedos cuando solté el poste en mi parada, pero no era el dolor del uso excesivo.

Era algo más parecido a la insatisfacción.

Había estado pensando en su garganta, la flexión de tendones y músculos mientras se reía de mí con esa boca roja y madura.

Fui metódico en mi cocina, pensando en todas las comidas que había hecho antes.

Quería obtener este justo - quería impresionar a este chico.

Vino tinto, por su sensualidad. Caviar, para inmortalizar nuestra noche. Ciruelas, para imitar la forma de su boca.

Un glaseado, pegajoso y picante, que brillaría oscuro como barniz en su piel de marfil, se acumularía en las calas secretas de sus mejillas.

Cuando sonó el timbre, el aire estaba cargado con el aroma a opiáceos de aromáticos que chisporroteaban en sartenes.

Mi corazón se sentía caliente e hinchado. Dejé la botella de vino, oscuro, en dos vasos e imaginé...

"Oye", dijo cuando abrí la puerta, mirando por encima de mi hombro con curiosidad desnuda.

"Normalmente no hago esto, pero parece estar bien. Maldita sea, ¿qué estás haciendo allí? Huele fantástico".

Me aparté y resumí mis esfuerzos por él. Me preguntaba cómo se veía mi casa a través de sus ojos: anticuada, costosa.

Oscuridad. Era una mancha de brillantez contra mi fondo cuidadosamente curado, lo que no encajaba.

Verlo moverse a través de mi lienzo me hizo sentir borracha.

"¿Cuál es el plato?", preguntó, quitándose el abrigo. Las alas de sus omóplatos se movieron bajo su delgada camiseta, tirando de la tela como

seres vivos atrapados. No le respondí.

En vez de eso, le di el vino y traté de no mirarlo mientras su garganta se cerraba con cada trago.

Me dolía la mandíbula como mis dedos, petulante y sin uso.

Dejé que terminara todo el vaso antes.

Era una cosa húmeda y roja, y lo abracé mientras obedecía la invitación de sus dedos.

La mía contra su pecho, sintió su corazón latir para encontrarse con su presa.

Su vaso se rompió en el suelo de piedra, el rojo oscuro de su vino besando la oscura sombra arterial en un violento remolino.

Terminó rápidamente, seis y quince. La cena era a las siete. Me moví con un propósito.

Era un plato complicado, pero tuve la sensación de que era un chico complicado.

Trabajé hasta que fue perfecto. Lo planeé a la perfección. Arreglé los platos, uno para mí, uno para él.

Lo ayudé a sentarme en su asiento, con cuidado de evitar las cintas rojas que se derramaban de su barbilla, acomodándolo hasta que estuviera cómodo y acariciando sus hermosos nudillos una vez más.

Me senté y él me estaba mirando con los ojos muy abiertos. Me hizo sonreír, tímido, pero solo ...

No estaba acostumbrada a la atención desenfrenada. Me hizo sentir expuesta de una manera que me gustaba, su boca se entreabrió ligeramente como una fruta demasiado madura que había reventado.

"Gracias", le dije con un atisbo de nerviosismo, la inevitable floración de la autoconciencia que vino con una primera cita.

"Por acompañarme a cenar".

No dijo nada, pero el dulce goteo de sentimiento de su garganta en su plato fue suficiente respuesta.

Sonreí, observé mi plato y tomé un delicado bocado de su corazón

estofado y silencioso. Eso sabía a nuevo romance.

A pesar de la precocidad de la noche, estaba seguro de que habría un segundo encuentro.

Fin